

¡PREGÚNTALE A LA CNN!
Las contradicciones de la teleguerra
Guido Barlozetti

1.0. ¿UNA GUERRA PERDIDA POR LA TELEVISIÓN?

Viene de la retórica de ciertos films norteamericanos aquello que proclama que una historia no pasa en vano y que nunca volverá a ser «primicia».

Así, cuando algo ocurre y ocupa un lugar en el flujo del tiempo, ya no es posible volver hacia atrás, sino por el contrario, se anuncia una nueva e impredecible fase.

Afirmar que para los medios la Guerra del Golfo constituye una de estas líneas fronterizas que nunca dejan de inmutarnos y que levantan el telón sobre una escena inédita, parecería obvio si no fuese por la sensación de desilusión y hasta de frustración que ha dejado la parábola bélica presentada en los medios de comunicación y, especialmente, en la televisión.

No sólo se ha dicho que la guerra no ha sido presentada en todas las posibilidades de los media, en su capacidad de testimoniar desde la ubicuidad, sino que tampoco ha sido expuesta al ojo invasor y global de la televisión. Paradoja increíble e inimaginable: el evento de la guerra se ha limitado al conjunto de certificaciones que cotidianamente relacionan el «fundamento» de la realidad al poder testimonial y demiurgico de la comunicación.

La Guerra terminó sin admitir a la televisión.

1.1. El delirio por el «media event»

¿Pero no se decía acaso que esta era la época de los «media events»?

Desde perspectivas apocalípticas e integradas más de un sociólogo ha repetido que sólo en el inmenso y programado concierto massmediológico estaba la condición decisiva para representar ritos colectivos a la medida de audiencias tribales transnacionales homologadas por la electrónica.

La TV no terminaba de estupidizar. Cada día parecía sobrepasar un punto límite y recrear el mundo desde los tubos catódicos. Los ejemplos se acumulaban y empezaban los delirios de potencia de la pequeña pantalla y de un espectador que se estremecía «viviendo» y verificando los esquemas narrativos de la ficción cinematográfica: sea un acontecimiento extraído de la crónica enfatizado dramáticamente en la transmisión directa, sea un evento escenificado hábilmente por el ojo de la telecámara. Desde el matrimonio de Carlos y Diana hasta la muerte en directo de Vermicino, desde el atentado al presidente Reagan hasta el Bicentenario de la Revolución Francesa, se viene imponiendo la constatación universal de un «ser» de ahora en adelante reducido simplemente a la función de comunicación: «media event».

Posteriormente, por el 89, la revolución en los países de Europa Oriental trajo consigo la confirmación del incremento del poder de la televisión.

Por un lado, gracias a las imágenes de «opulencia» que llegaban del oeste se abrió un brecha que ninguna cortina de hierro -o de ideología- hubiera podido resistir mucho. Por otra parte, la televisión

había tenido un salto cualitativo: sin perder la potencia testimonial del ojo que construye el mundo, se había transformado en demiurgo del cambio, funcionando como arma decisiva en la caída de los regímenes del «comunismo real». Un arma terrible, que descubría nuevas e inquietantes fronteras de la persuasión, porque no se limitaba a registrar los hechos para difundirlos, sino que se prestaba a las manipulaciones más siniestras. Y por esto resultaba más «eficaz»; de esta manera la sublevación en el asalto simbólico al Palacio de Invierno podía agitarse a través de plazas y barricadas y explotar a través de la nueva ágora del video.

La comunicación televisiva puso en escena los estragos de las masas en Rumanía, para después atribuir la causalidad al régimen de Ceaucescu. Una práctica común, la historia esta llena de pretextos contruidos atentados provocadores, acontecimientos providenciales, chivos expiatorios sobre los cuales arrojar el descontento social... -usados para dirigir el curso de los acontecimientos. Pero este caso es especialmente original en la transmisión televisiva, en su capacidad de «dar imágenes» a una expectativa colectiva: cuerpos sin vida, cadáveres que interpretaban una verdad, listos para desencadenar «efectos» hipodérmicos en la masa.

«Cuando termine la Guerra del Golfo la televisión no será la misma que al principio. Un trauma la ha marcado profundamente: no se trata del trauma del horror, ni de la muerte como se podría suponer, sino la conciencia de no ser omnipotente». (Aldo Grasso, Corriere della Sera)¹

2.0. LA DERROTA DEL GOLFO

La Guerra del Golfo ha sido vista como un desmentido del poder de la TV, aun más clamoroso, ya que los antecedentes parecían anunciar precisamente un triunfo.

Sólo le concedieron restos y residuos. La TV, un dispositivo que celebraba su propia centralidad ha debido experimentar los límites, contentarse con un máximo de anticipación y desviación, partida y retorno, previsiones y boletines. Pero no ha podido palpar el evento.

Se ha enfrentado a evidencias parciales y difusas. Demasiado transparentes para no suscitar cualquier pregunta.

En sí, lejos de tratarse de una partida entre la Guerra y la TV, ¿podría el Golfo haber sido una «catástrofe» en el desarrollo de los sistemas de comunicación? ¿El laboratorio donde el bloqueo y la inercia no han señalado sólo su impotencia, sino que han indicado el contradictorio movimiento telúrico que sacude los cimientos y sutura progresivamente fallas profundas? ¿El «desierto» simbólico metaforizado en el geográfico bajo el cual corre el sentido común de la televisión y la guerra, objetos y sujetos enredados, presos en el juego transversal, ambiguo e invisible del poder y de la tecnología?

2.1. Escenificación de la desilusión

Hay muchas razones para terminar en una conclusión disfórica. La percepción del espectador se entreteteje con el juicio del «experto» para confirmar que de hoy en adelante en la comunicación televisiva el espacio de la crítica debe tomar en cuenta -y contaminarse- con la fenomenología del consumo. La Guerra del Golfo, por su naturaleza de potencial y supremo «media event» fue observada por una gran cantidad de «opinion makers».

Columnistas de los medios impresos y de la TV, islamistas, y massmediólogos en general han contribuido al alud de juicios y reflexiones. Listos para enfatizar en la programación el mínimo signo para relanzar la apología de los media, mezclarla con imágenes de la guerra e interrupciones brutales de devastadoras imágenes de muerte.

No es correcto generalizar respecto a las posiciones que se presentaron en este comentario interminable, más de una intervención abrió espacio para reflexiones problemáticas, señalando contradicciones, responsabilidades y una fuerza para enfrentar el conflicto capaz de rajarse los lentes de la teoría y los «buenos hábitos» de espectadores golosos de «tv realista».

Pero en este, más que en cualquier otro caso, el juicio ha debido constatar el logro de aquella distancia respecto al objeto sobre el cual se funda, contrastando la exactitud de una conclusión con el intrincado cortocircuito de una guerra perdida incluso antes de aparecer y una televisión ambiguamente oscilante entre la ventana en el frente y el frente de las tele-audiencias.

En este contexto no es de sorprender que una massmediología en intensa expectativa y sobre todo desbordante del recinto institucional termine encontrándose al margen «del sentido común» de un espectador insatisfecho. Y que la guerra del golfo devenga televisivamente en un «acto ausente», terminando por generar confusión en el mismo autoanálisis de los espectadores y del sistema de los media.²

Este autoanálisis se desarrolló por 41 días. Durante todo el conflicto, sobre una suerte de diván dispuesto delante del televisor, en el que se ubicó una multitud de «analizados», con viejos prejuicios ideológicos, con fatuidades «post-modernas», recorriendo aquello que en la «inmediatez televisiva» sembraba la parábola fallida de la TV.

¿Y ha sido realmente así? Antes de confirmar si esta visión-lectura inmediata de la Guerra había realmente marcado un alto a la hegemonía de la TV -o en todo caso de rectificar el equívoco- es útil hacer una síntesis de las posiciones que se definen en torno a la presunta debacle.

*** Los Antitecnología**

Siempre sospechando de la «reproductividad técnica», cuando no directamente hostiles frente a la comunicación -rápidamente llamada «de masas»- se han aprovechado de la guerra para anunciar complacidos la revelación de esta impotencia que «en tiempos de paz» parecía imposible para la pantalla televisiva.

*** Enviados desilusionados**

Son aquellos -periodistas como espectadores, y viceversa...- que han manifestado estupor y enojo frente al impenetrable castillo kafkiano construido en torno al desierto de Iraq y Kuwait. En este caso no se trata de un furor antitecnológico, sino de la constatación de que el poder de la tecnología de comunicación no sólo ha debido redimensionar su presunta «omnipotencia», sino que tuvo que alzar bandera blanca frente a la estrategia de «opacidad» del mando militar.

*** Curiosos insatisfechos**

Se acordaban de Vietnam, cuando espectaban la guerra en directo e imaginaban el desierto como el Eden -o el infierno. Así se explica la morbosa atención a que se cumpla el ultimatum, la participación durante todo el día en las primeras jornadas y la sucesiva caída del interés. Para después resurgir en la

curva de audiencia ante la inminencia del ataque por tierra y caer velozmente, quemados en el blitz computerizado de Tormenta del Desierto.

*** Estetizantes y Quirúrgicos**

No llegan a la fatuidad de algunos futuristas que dicen «la guerra es bella» o «la guerra higiene del mundo», pero tenían la fascinación de un Golfo ilustrado por imágenes sacadas de los spots de publicidad o de la epopeya cinematográfica «Top Gun». En suma, el imaginario espectacular, inoxidable y sublimado de la máquina -especialmente la de guerra- verificado en las imágenes sin olor ni manchas de sangre del Golfo. Salvo los destrozos de los Scud lanzados sobre Israel o los bunker-refugio en Bagdad.

*** Moralistas**

El espectáculo extremo de la Guerra ha provocado preocupación y demandas de cautela y responsabilidad en la aproximación televisiva: una cortina soft que debe extenderse ante la dureza bélica. Esta cordura dirigida a tutelar al público se relaciona con el «cordón sanitario» que las autoridades militares han extendido en torno a teatro de la guerra. Ambas son preocupaciones animadas por un espíritu preventivo similar: la salvaguarda de la sensibilidad del espectador, por una parte, y de la vida de los combatientes, por la otra. En este escenario, los adeptos a la información reivindican la ideología de la autonomía profesional y del «derecho-deber a la información», mientras los técnicos de la guerra han antepuesto las exigencias de la estrategia a las de la circulación de la información. Con curiosas excepciones -que pueden haber motivado algunas preguntas- como cuando fueron vistos telenoticieros autocensurados o cuando se transmitió en directo desde el cuarto de los comandos de la guerra en la Casa Blanca.

*** Censores de la «cháchara»**

Junto a las imágenes de la TV se presentó un flujo continuo de comentarios, previsiones, juicios, divagaciones y distorsiones. Pronto a saltar sobre las coincidencias que pudieran encontrar en la noticia, este flujo terminó por desorientar al público y reafirmar los anatemas contra la estupidez televisiva. En consecuencia, ha prevalecido un tono modesto y disminuido, inversamente proporcional a la euforia anterior que había captado tanta atención hacia los medios: la guerra no fue en directo y la aldea global -metáfora hoy más que nunca vacía de sentido, pero que nunca como en ocasión del conflicto había sido revivida por prensa y televisión- tuvo que tolerar una zona franca.

El «nuevo recuento electrónico» ha estado a punto de terminar en un corto circuito. Un incidente que por otra parte no es suficiente para arruinar un proceso iniciado en la época clásica de la llamada «industria cultural», en la oscuridad de la sala cinematográfica, que se prolonga en el full time en directo de la televisión a la cotidianidad, cuando la pequeña pantalla se convierte en el lugar para vivir sin la mediación de la ficción y «recontar la realidad».

Por esto la derrota es mayor y desconcertante. En tanto era el momento en el cual el mecanismo debía dar lo mejor de sí. Un inmenso sistema de atención se concentraba en los media, la percepción de todos se volcaba a cada momento de la narración.

3.0. UNA GUERRA CONTRA LA TV

¿Fue verdaderamente así? ¿En realidad se trató sólo de una promesa incumplida? ¿O de un saludable redimensionamiento de la euforia de un espectador por hábito confiado en el panóptico de los media y en esta ocasión naufragado en los escollos del Pentágono?

Así, la ventana televisiva no se abrió y el imaginario colectivo ansioso de «ver y saber» ha tenido que constreñirse a una suerte de cuaresma audiovisual. E incluso esta «falla» no parece reducirse sólo a la frustración de un deseo o al blackout de la máquina comunicacional.

Falta poco para creer que la guerra, lejos de simplemente rozarla, ha sido combatida en y con los media. Y esta ambivalencia estructural recontextualiza el descalabro televisivo consumado en el Golfo.

3.1. La guerra del Golfo no tuvo lugar

Guerra, tecnología y televisión. Que fuese este el circuito perverso del Golfo no escapa a la sociología de los simulacros y de la mediología que desrealiza el mundo. En un artículo escrito en la época Jean Baudrillard ha sostenido que en el escenario virtual de la electrónica la guerra «no ha tenido lugar».³

La guerra se pierde en la fantasmagoría, se desvanece en la estrategia de adversarios que no pueden enfrentarse, hundiendo el evento en el bluff de un afrodisiaco informacional. Nada se salva en este Maelstrom universal. Baudrillard procede implacable, como el «black hole» en el que todo se va a hundir. El mismo movimiento de la dialéctica hegeliana, pero de signo perfectamente invertido: una negatividad absoluta, en la cual no hay lugar para interrupciones, obstrucciones, retrocesos, desviaciones o bloqueos.

Y es quizás aquí donde la seducción del discurso revela su límite y no se llega a percibir las contradicciones del proceso, la escoria, la fricción, y la ambigüedad que lo atravieza. Si Baudrillard por un lado libera el campo de todas las tentaciones de lectura referencial, por el otro no permite tener en cuenta la duplicidad constitutiva del sistema de los media, que se hace evidente en el capítulo del Golfo.

La CNN y la discreción del general Schwarzkopf no sólo han presentado la enésima demostración de un teorema simulado. Los elementos del teorema están completos: pero en su composición han mostrado irregularidad, velocidades distintas, fracturas. Y el esquema que ha resultado no ha producido la unidad que se hubiera querido.

3.2. La guerra del Golfo ha tenido lugar

Tal vez no basta hablar de cajas chinas para describir las relaciones entre la guerra y los media; como si el problema fuese determinar cuál de los dos es el «contenido» y cuál el «contenedor». Quizás –y es una hipótesis a profundizar- el punto de partida remite a la acción de un dispositivo complejo. Donde la relación no es entre el sistema de información por una parte, y la estrategia de la guerra, por la otra, y la cuestión no es reducible a una simple relación de inclusión-exclusión, con todos los corolarios de atención-frustración que supone.

Más allá del optimismo mediológico y, en consecuencia, del catastrofismo bélico, de las fórmulas por las cuales la guerra debió explotar en los media, el Golfo ha registrado claramente como un observatorio sismográfico el estremecimiento de dos tecnologías opuestas e integradas, cada una presentándose a la cita con objetivos aparentemente inconciliables y a la vez interdependientes.

Lo que ocurrió en el Golfo no es más que el resultado de esta contradicción estructural. Hay quien dirá que desde antes era así. No era necesario esperar el Golfo para que los medios fueran asumidos como protagonistas de la estrategia político-militar.

La televisión -lo he recordado varias veces- ha hecho perder la guerra de Vietnam a los Estados Unidos, así como el cine ha contribuido largamente a ganar la segunda guerra mundial.

Podemos recordar esa extraña combinación de hamburguesas, Coca Cola y bolsas de cadáveres que llevaron a la familia norteamericana el delta del Mekong, resquebrajando la conciencia americana.

¿Y acaso no habían descubierto los regímenes totalitarios europeos de los años 30 la cualidad de los media como inigualables instrumentos de consenso? Mussolini al inaugurar Cinecittà proclamó que «la cinematografía es el arma más fuerte», y el nazismo al crear un Ministerio de Propaganda utilizó la radio y los noticieros de cine para hacer llegar al rincón más perdido la voz y los símbolos del poder. En la misma época -a la medida de una sociedad menos dispuesta a tentaciones totalitarias- la fábrica de Hollywood resultaba el más formidable instrumento de propaganda del «American way of life». Todos estos son ejemplos esquemáticos, pero probatorios de una relación que se repite más recientemente.

Sin embargo no basta empeñarse en el juego de las semejanzas y las diferencias para comprender el «salto cualitativo» que se produce con la guerra del Golfo. Tanto más si debemos contentarnos con marcar una línea demarcatoria entre un «antes» incumplido y un «después desplegado».

En su intensidad la guerra ha sido tan acelerada y convulsa que no ha permitido leer con claridad aquello que estaba sucediendo. El panorama que se esperaba ha terminado encubierto, si es que no concluimos que no se ha visto nada.

Nuestra tesis no es la de la «invisibilidad de la guerra», sino que se ha manifestado el «punto de catástrofe» de la interacción entre las prácticas de la información y el «arte de la guerra». El momento en el cual la sociedad de la información manifiesta contradicciones en la práctica de la guerra y en la de los media. Con una serie de efectos paradójicos: triunfo de un media sobre otros, superficie virtual repentinamente deshilachada, enunciaciones indecibles, temporalidades enloquecidas, espectadores interactivos.

4.0. GUERRA Y TELEVISIÓN: RESIDUOS Y PROLEGÓMENOS

En los puntos que siguen se examinarán algunos nudos de la «teleguerra»: por un lado se han señalado los elementos que de vez en cuando distinguen lo «formativo», y por el otro se trata de identificar lo que podemos llamar los prolegómenos de la televisión venidera. Teniendo en cuenta que estas notas son entendidas como esquema preparativo de un trabajo sistemático.

4.1. Guerra Caliente/Guerra Fría

Temperatura de los media y temperatura de la guerra. ¿Qué le sucede a la guerra cuando la tecnología entra en el común terreno de la información?

Es claro que en la tipología de la guerra Marshall McLuhan veía reflejarse los efectos de la evolución de la temperatura mediológica. «(..) la guerra de los iconos o la erosión de las actitudes colectivas del grupo rival, se ha producido a través de los tiempos. Tinta y fotografía están reemplazando a carros armados y soldados. La pluma es cada día más importante que la espada».

La expresión «guerra de nervios» que se usó hace 25 años ha sido sustituida por la de «guerra fría». Es en realidad una batalla eléctrica de información y de imágenes, que se aviva mucho más y con resulta-

dos mucho más obsesivos que los alcanzados por las antiguas guerras calientes de las armas industriales»⁴

«(...) en 1964 se combatía la guerra fría con la tecnología de la información porque todas las guerras se han combatido siempre con la tecnología más nueva que cada cultura tenía a su disposición»⁵

La guerra para McLuhan entra en una nueva fase con el desarrollo de la tecnología: se cotidianiza en la capilaridad difusora de los media.

La guerra del Golfo desde este punto de vista parece atrapada en un movimiento de contradicciones. Un paso atrás y un salto adelante. Guerra no sustituida por la preconizada metamorfosis de la información, es cruzada, atendida, seguida, por la tecnología de la información y, al mismo tiempo, no es estructuralmente guiada y dirigida. Los media la esperaban y la construyeron como evento, y al mismo tiempo los circuitos electrónicos se constituyeron en aparatos nerviosos fundamentales.

Híbrido extraño, esta guerra es combatida con armas convencionales -aviones, carros armados, fusiles- pero transformada en prótesis irreal de una máquina omnisciente de tecnología informatizada. El cuerpo de la guerra tradicionalmente caliente, ambiguamente se enfría. La guerra cambia, como interface de un sistema de información. Por una parte todo se mete dentro de ésta, por la otra -y por ambigua y estructural necesidad genealógica, como hemos visto- es más grande que la guerra y se construye articulando y absorbiendo funciones primitivas.

En otro sentido se trata de un «exterior» que la guerra no llega a penetrar. Las estrategias con las cuales se combate en este frente son más importantes que las militares en el sentido estricto. Y así el circuito de los media se carga de significaciones a veces imperceptibles -y en consecuencia no necesariamente clamorosas como pueden ser el discurso en videocassette dirigido por el presidente Bush a la televisión iraquí o el uso de los enviados de la CNN por Saddam Hussein.

Es en este complicado dentro/fuera que se juegan muchas de las contradicciones del Golfo televisivo. Y gracias al Golfo se ha manifestado el dentro/fuera que alisa la superficie de la comunicación, con el peligro de dejarla toda allanada. Como cuando la conferencia de prensa del presidente norteamericano sobre las primeras operaciones de guerra y un periodista puso en duda algunas de las informaciones enviadas por la CNN desde Bagdad, entonces Bush le replicó secamente: «Pregúntele a Bernard Shaw». «Los iraquíes disparan sus Scuds a ciegas y después miran la TV para saber dónde terminaron sus bombas. Sin quererlo los periodistas funcionaban como observadores de la artillería del enemigo» (Comando Central de la operación Tormenta del Desierto)⁶.

4.2. Los espectadores, interface de la teleguerra

El armamento electrónico -como la tecnología que lo sostiene- postulan la invisibilidad, la instantaneidad. Basta para explicarlo un pasaje de Paul Virilio:

«En efecto, de ahora en adelante queda una sola mediación, no la del vector, del vehículo, sino la de su velocidad. Entre el medio audiovisual y el automóvil no hay ninguna diferencia: máquinas de velocidad, los dos producen mediaciones con un efecto de celeridad, uno y otro se hacen uno, dado que las funciones del ojo y del arma son confusas, ligadas al momento de la revolución del transporte»⁷

De aquí nace la retórica de la guerra quirúrgica y rápida, el triunfo anunciado de la eficiencia sin desviaciones, sin dudas.

*«Un espectáculo pirotécnico -cuenta Fabrizio del Noce, enviado de TG 1 en Bagdad-, fuegos de artificio con efecto bomba. Los disparos de la fuerza americana eran pocos, estudiados, precisos. La respuesta iraquí no se manifestó al principio. Esto me llamó la atención. Después lanzaron un millar de disparos, la mayor parte al vacío. Entonces entendí la estrategia bélica norteamericana: objetivos prefijados en la computadora. He visto derrumbarse la torre de comunicaciones; pero nada alrededor de ella, ni una astilla. En la central telefónica acertaron a hacer saltar sólo la parabólica. Una puntería impresionante».*⁸

Un conflicto termina en la tarjeta de una calculadora, en el programa informático que mueve el teatro de operaciones del clásico campo de batalla al espacio artificial de las ondas electromagnéticas.

¿Entonces, cuáles son las imágenes de esta guerra? Las del despegue y el aterrizaje, de los cañones que dispara y de los misiles que parten. O bien las situadas en el punto de convergencia entre las pantallas del sistema de los media y los monitores de la red telemática que supervisan la guerra: punto de coincidencia del piloto con el espectador, de la sala de casa con la cabina del bombardero.

Visiones que se confunden, tecnologías que se superponen. El CCD montado en los misiles tiene una resolución de diez mil pixel, comparable a la de la mejor televisión de alta definición, y programado para reconocer cualquier avión de combate. Para no hablar de las llamadas «bombas inteligentes», donde la tecnología televisiva de guerra exalta su infalibilidad y a la vez muestra su nueva y ambigua coincidencia con el territorio del espectáculo. ¿Un contacto casual o una alteración de la topología de la información? ¿Límites que se tocan o imágenes de una problemática contigüidad?

En todo caso la guerra trajo la confirmación de un deslizamiento progresivo: la televisión de hoy en adelante convive con el video como electrodomésticos de la modernidad, superficie interactiva en la que el «ver» puede conjugarse con el «hacer».

«Usted ha inventado la aldea global que yo he previsto» (Marshall McLuhan a Ted Turner).

«La televisión sin banderas -la más grande organización de noticias del mundo moderno, que se identifica, sólo por la lengua y por el hecho de tener su cuartel general en Atlanta, en los Estados Unidos, habla desde su fortín plantado en la imaginaria «tierra de nadie» (...) Estamos al comienzo de un capítulo inédito de la historia, el filtrarse a través de las fronteras, las que no son más compartimentos estancos de nada, y hasta a través de frentes que bloquean todo pero no este nuevo tipo de comunicación»⁹.

4.3. Guerra en la aldea Global

Pero hay otra imagen, del todo particular. Viene directamente de Bagdad, la noticia del primer ataque de las fuerzas aliadas, una «imagen-sonora» que lleva directamente a los telehogares el fragor del bombardeo y el trazar de los misiles antiaéreos. Hacen de enlace la voz del corresponsal y en las salas televisivas el imaginario bélico nutrido en decenas de películas y reportajes de guerra.

La televisión se hace «radio-visual», enfatizando el regreso del antepasado radiofónico en el trata-

miento televisivo. De la capital de Iraq llega una transmisión radial como tantas, que enfatiza el peso emocional del evento, que esta vez no es un partido de fútbol ni un concierto, sino el inicio mismo de la guerra.

Y todavía hay algo más. Dos innovaciones corren a través del micrófono de Peter Arnett y Bernard Shaw que transmiten para CNN desde Bagdad hacia Atlanta, en los Estados Unidos, y de allí a través del satélite entra en las redes de todas las televisiones nacionales, o gracias a una antena parabólica, directamente en los receptores domésticos:

- Es la primera vez que el anuncio de una guerra viene dado en directo por un periodista, incluso antes de las declaraciones oficiales de los contendientes.

- Es la primera vez que corresponsales del país adversario transmiten desde el país enemigo.

También en este caso se derrocha la retórica de la «guerra en directo», de la epopeya del enviado y se repite la metáfora de la «aldea global». Sin mencionar algunos aspectos esenciales:

- La extensión de la red de los medios no sólo supone una contracción espacio-temporal y una cooptación del espectador respecto al «aquí y ahora» de la guerra. E indica -como he dicho- una nueva topología de la guerra y de la información;

- En la crónica de la CNN se superponen la estrategia de un emisor de noticias a escala global y a tiempo completo y la de un presidente iraquí Saddam Hussein que consiente la transmisión;

- El flujo que viene de la CNN entra en el sistema nervioso de los medios y lo activa: es una «materia prima» indispensable, producida en un régimen de monopolio tecnológico con el que ningún otro está en capacidad de competir.

Finalmente, es la misma red satelital la primera en acogerse llegando hasta los últimos confines, como una línea Maginot indefensa y desplazada en el horizonte transnacional de la información:

«Nuestro objetivo -explica Ted Turner- es cumplir el rol de servicio planetario, por eso tratamos de ser lo menos norteamericanos posible. Cuando seleccionamos los servicios a transmitir no custodiamos los intereses de los Estados Unidos, sino la seguridad nacional de los países interesados. Somos norteamericanos, pero no por esto debemos estar siempre al lado de nuestras tropas, el rol de la TV global es ver y explicar lo que sucede más allá de la primera línea»¹⁰

Las novedades introducidas por la CNN son muchas. La creación de Turner se ha convertido en la vitrina en la que el espectador descubre de repente años de trabajo en innovaciones tecnológicas y su efecto sobre los medios de comunicación. El objetivo de la red -todavía más clamoroso que la guerra misma se transforma en «punto de catástrofe» en el contexto del proceso de los años 80. Con el éxito de CNN se afirma el protagonismo de una opción que reemplaza todos los esquemas de la transmisión tradicional. Como es claro, especialmente en Europa, la radio primero y la televisión después se desarrollan en el interior de un régimen de servicio público, rigurosamente circunscrito a los límites nacionales y caracterizado por una oferta de tipo generalista (un mix pedagógico preocupado por equilibrar los diferentes géneros).

A través de la CNN -que no es una vanguardia aislada, sino la primera de una flota de agresivos emisores- demuestra su fuerza una línea del mercado de la comunicación en la que se reúnen canales monotemáticos (en el caso específico, información), estructuralmente transnacionales y gestados por poderosos grupos privados.

Es demasiado simplista concluir que un modelo es superado, o definitivamente sustituido por otro, porque el horizonte evolutivo del sistema parece más bien el de la integración-diversificación, en el cual, la sorpresa no viene sólo de la CNN y sus similares. Basta pensar en la avanzada de la tecnología electrónica -que ahora incluso proyecta el cine sobre el terreno de la calidad audiovisual- o en las nuevas formas de distribución -del video-casero al satélite de difusión directa, del tv-cable al compact disc, los que apuntan en la dirección de una transmisión altamente personalizada.

Es sobre este escenario que se está combatiendo «otra» guerra -como hemos visto contigua, si no directamente refleja de la otra guerra-, gigantesco relevo que el Golfo ha hecho evidente, alcanzando niveles de competencia internacional y preocupantes contradicciones:

- La innovación tecnológica requiere inversiones enormes para afrontar la necesidad de recursos siempre insuficientes, con el peligro de no alcanzar el nivel adecuado y de tener un acceso restringido al mercado (pensando en el monopolio de la CNN sobre la información del Golfo);
- el sistema económico e industrial que igualmente va hacia una dimensión supranacional, no tiene todavía una estrategia internacional de comunicación adecuada en cantidad y calidad, y el flujo publicitario está por debajo de la suficiencia que se espera;
- en el caso específico del Golfo, la relación entre publicidad e información ha demostrado toda su ambigüedad: se han incluido los spots de Coca Cola en la programación, pero gracias a la TV han subido las ventas de Patriots...; sin embargo el mercado publicitario se ha reducido y la misma CNN ha terminado por sentir la contracción;
- mientras se extiende fuertemente la escala de difusión y la multinacionalidad de los competidores, las tentativas de reglamentación internacional avanzan muy lentamente y se reflejan sobre los media las presiones de intereses políticos todavía fuertemente nacionales;
- el consumo de «masa» se entretiene con la diversificación y la especialización de la oferta; la guerra también se convierte en un producto a presentar en formatos diversificados: desde la síntesis en video-cassettes editada por la CNN al compact disc Lanzado por Time-Warner en colaboración con el Media Laboratory del M.I.T.

¿En estas condiciones, se puede todavía hablar de «aldea global» en tanto sinónimo de una máquina de información? ¿Y resucitar a la vez los viejos esquemas de las multinacionales omnipotentes y de los fuertes poderes, centralizados y claramente contrapuestos?

A menudo la metáfora de McLuhan parece actualizarse en un campo de operaciones simultáneo y plural de estrategias de comunicación que prefiguran un nuevo escenario de guerra, que en el contexto de la guerra hace explícito el juego de interdependencias e interferencias de los flujos. Intercambios, superposiciones, interrupciones: en la actualidad del video, en su duración, se vuelca un complejo y dinámico sistema de circuitos.

La guerra del Golfo nos ha manifestado de una forma un poco ambigua el nivel de desarrollo de un aparato tecnológico en expansión, que ha exhibido su transversalidad y que a la vez ha debido negociar en un sintomático intercambio de fuerza y debilidad. El cual quizás no conviene explicar cediendo a la tentación del esencialismo mediológico -la omnipotencia de la televisión- sino contextualizarlo en la diacronía tortuosa y entrelazada del sistema de comunicación y del juego de inercias/resistencias/reconversiones con las que tiene que enfrentarse a cada paso de su desarrollo.

«Es necesario decir que los militares no son muy buenos en relaciones públicas. La retirada de Viet-

nam fue una derrota en la TV. Militarmente vencíamos nosotros, pero dos días después del inicio de la retirada Walter Cronkite anunció en la TV que habíamos perdido y eso terminó como verdad. Si pudiese volver atrás convocaría una conferencia de prensa y daría mi versión de los hechos». (Gen. William Westmoreland)¹¹

4.4. Una guerra «cleared by»?

Lo dicho permite recontextualizar una discusión que ha prevalecido durante todo el curso de la guerra. ¿Ha sido la del Golfo una guerra censurada? ¿Irremediablemente oculta por las tijeras del Pentágono y de Saddam Hussein?

En apariencia no hay duda. Un apagón impenetrable ha caído sobre las noticias y los periodistas han tenido que aprender a convivir con la marca «cleared by» (aclarado por) puesta a su servicio. Esto no es nuevo. Tradicionalmente en la guerra los comandos están preocupados en impedir cualquier entendimiento con el enemigo. Más aún si el conflicto es rodeado por una exorbitante atención de los medios de comunicación. La censura -es bueno recordarlo- no consiste sólo en un *pars destruens*, la que impide el acceso a la información, sino en un *pars construens* que -basta remitirse a Clausewitz- poco a poco ha refinado las técnicas de la propaganda y de la presión psicológica interna y externa. La noticia es un arma que puede actuar por su ausencia o por su presencia. En suma, la censura es una práctica compleja, que como ha dicho Michel Foucault:

«(...) en toda sociedad la producción del discurso es a la vez controlada, seleccionada, organizada y distribuida a través de ciertos procedimientos que tienen la función de conjurar los poderes y los peligros de dominar los eventos aleatorios, de evitar la contundente, temible materialidad»¹²

En la historia de estos procedimientos un nuevo capítulo se abre en el momento en que se afirma un sistema de comunicación de alta integración, en todos los niveles del ciclo de producción, distribución y consumo de los flujos de información.

En todo caso, en el escenario actual la Guerra parece haber funcionado como acelerador de procesos, mostrando una serie de perspectivas no necesariamente convergentes:

- La naturaleza de esta guerra, esperada y «promovida» como veloz, limpia e inmaterial ha sido acompañada por un cuidadoso control de información. La fenomenología de la información no parece deberse del todo a la práctica de la censura, sino que sugiere una relación de aséptica analogía entre tecnología y lenguaje; desde este punto de vista el mito de la guerra quirúrgica se ha traducido en parte en una retórica informativa expresada sobre el lenguaje contable y performativo de los computadores;
- un aparato mediológico de proporciones tan grandes y puntuales se caracteriza por un elevado nivel de conexiones internas y de control, pero también por la probabilidad de trayectorias tangenciales no prevenibles. ¿Depende esto del gap tecnológico que separa a los contrincantes y que permitió al más débil la libertad de maniobra que no otorgó al fuerte? ¿Y/o de las desviaciones y distancias que separan la lógica de la guerra de la de la información?

Es tangible la dificultad para especificar nudos, redes e intercambios del newsmaking y de la circulación de información. ¿Qué inicia el escamoteo de la noticia? ¿dónde comienza la censura? ¿Quién la ejercita? ¿A título de qué? Tomemos las imágenes de los cadáveres carbonizados extraídos del refugio de Bagdad, retomadas por la CNN para después transmitir las vía satélite y ser repetidas en los telenoticieros de todo

el mundo. Es Saddam Hussein quien autoriza la intervención de la telecámara, y es cada telenoticiero el que se reserva el derecho de dimensionar el servicio, quitando los detalles o decidiendo no pasar las imágenes. Justificándose ambigüamente, oscilando entre la «moralidad» -el respeto a los muertos y el mantenimiento de un umbral social de pudor- y el freno a la estrategia propagandística iraquí.

En suma, nunca como en este caso se ha evidenciado la complementariedad/divergencia de las estrategias de la audiencia y las de la guerra: es este el verdadero núcleo que se esconde en la puesta en el tapete, entre derecho a la información y censura, objetividad y propaganda. Contornos difusos y a veces imprecisos, en parte porque -y es esta la novedad sustancial- todos operan sobre el mismo inmaterial y fugaz terreno de la electrónica.

«Esos periodistas de la CNN merecerían otro Pulitzer. Pero si ayer Saddam no hubiera controlado a todos los periodistas de Bagdad, hasta ellos se hubieran aburrido. Bloqueándoles un par de días de transmisión directa los hizo un mito. Pero si hubieran permanecido allí varias semanas más hubieran perdido audiencia día tras día» (Gianni Statera, Il Giornale)

4.5. Tiempo de guerra/tiempo de televisión

Un poco más de cuarenta días de guerra. Una solución increíblemente rápida. De lo contrario la duración hubiera parecido insoportable: «primero» la guerra hubiera podido durar años, «después» el tiempo televisivo definitivamente sería diferente.

4.5.1. La tesis: el final y la ruptura

Como hemos visto la guerra «fría» congela también el imaginario, pero con el riesgo de ser impotente frente a la amenaza del tiempo. En efecto, el tiempo conjura contra el mantenimiento del recuerdo, cuanto más se prolonga la guerra quirúrgica, más pierde la calidad de espectáculo y se vaca del mito anunciado. Por otra parte es difícil recontar una guerra «retocada». La información y las imágenes a que remite tienen la misma serialidad repetitiva de las operaciones de una computadora: una guerra que se desarrolla «en vidrio», como el ejercicio de un conflicto simulado, sin el contacto del cuerpo y de los sentidos; una teleguerra de la que lo máximo que se puede ver son las partidas y llegadas, manteniendo el resto en una larga disolvencia al negro. Cañones que disparan, misiles que dejan la rampa, cazabombarderos que se preparan en la pista. Para no hablar de los aviones «invisibles» que se muestran en un hangar, y que han sido diseñados para engañar a cualquier radar.

Esta serialidad puede fascinar por la exactitud, la puntualidad cronométrica de las operaciones, la escalada inexorable de las misiones, que aumentan como el score de un videogame. Pero parece haber sólo dos alternativas para tener éxito en la televisión: el final o la ruptura, la ejecución de una partitura guiada por la memoria de un chip o la disonancia impredecible y chocante.

O se concentra el tiempo casi hasta la implosión, espectacularizándose como el anuncio de un récord atlético. O se permite atravesar por desgarramientos imprevisibles y dramáticos.

En resumen, el «gancho» para la audiencia puede pasar a través de un misil Scud inevitablemente seguido por un Patriot, o a través de la vibración del mismo misil que evita el contrataque adversario y cae sobre un barrio de Tel Aviv.

A esta altura se puede también comprender la desilusión del público televisivo. La audiencia inicia la parábola ascendente la jornada del 16 de enero: a medianoche cae el ultimatum de las fuerzas aliadas a Iraq. La creciente prosigue al día siguiente con el inicio del ataque y toca el climax a los noticieros de la noche. Pero después -de haber pulverizado todos los índices de audiencia de los noticieros- comienza a marcar el paso. Alargándose, la guerra se hace inversamente proporcional a la voraz atención del público: a falta de un adecuado motivo baja la tensión y el prólogo que debía ser también epílogo se transforma en la tesis que precede a la antítesis.

4.5.2. La antítesis: el evento y la serie

Así, la teleguerra se ha caracterizado en un segundo acto por la ausencia/proliferación de las noticias y por los comentarios sobre el vacío.

Sobre este «débil» cuerpo se encarnizaron -como he dicho- los polemistas «anti-cháchara», pero también hubo alguno que no se detuvo en la simple repulsión por la logorrea televisiva y se interrogó por los nuevos giros propuestos en esta textualidad.

Comencemos con lo que sintéticamente podemos llamar la «Cooperación Activa». Gianfranco Bettetini observa que el comentario no es sólo un nomádico vagar sobre la nada, sino que puede crear las condiciones para una relación más madura con la televisión. Texto y espectador se encuentran en el espacio dinámico y constructivo de la interpretación:

«Privilegiar una información escasamente fascinante, fragmentaria, contradictoria, a menudo imperfecta, significa en el fondo, dar un uso más inteligente a la pequeña pantalla, más responsabilizante, menos dependiente de eso que se ha afirmado en los últimos años, significa que por un momento el espectador ha sido colocado (o ha sido obligado a colocarse) en un rol de investigación, de interpretación y de interrogación, rompiendo con el consumo pasivo al que parecía estar dispuesto».

En las antípodas ubicamos el «vacuum» electrónico de Baudrillard:

«Esta guerra libera a través de la fuerza de los media, una gran masa de nimiedades, no por la estupidez propia de la guerra, que en sí ya es considerable, sino la nimiedad funcional, profesional, de esas que pontifican en los comentarios perpetuos del evento, todos los Bouvard y Pécuchet de servicio, los falsos aventureros de la imagen perdida, las gentes de la CNN, todos los maestros cantores de la estrategia y de la información, que nos harán experimentar como nunca antes el vacío de la televisión».

Junto a esta aproximación que alcanza la virtualidad ontológica de la TV, otros interrogan la «audiencia» televisiva. Furio Colombo observa, por ejemplo, que en lo profundo de la relación institucional noticia-referente la TV dispone de una serie de prácticas de ruptura, desde el juego de posiciones de los invitados al estudio, hasta la reiteración de las secuencias simbólicas:

«Dentro de poco –concluye- verdaderas noticias comenzarán a caer sobre el terreno blando de la atención. Pero entretanto esa es la nueva realidad para una democracia: creer sin saber».

Otra cara de la misma medalla es el vértigo de lo indecible. Paolo Fabbri anota como la televisión -igual que la guerra- ha sido tomada por una dimensión táctico estratégica que:

«no significa -explica Paolo Fabbri- que no podamos fiarnos de ninguna declaración dada, sino que estas devienen indecibles (tal como se dice en lógica de una proposición que no es verdadera ni falsa: sobre la cual no se puede decidir verdad ni falsedad), forma de verdad a la que lleva por una suerte de escalada la lógica de la guerra».

No queda más que prestar atención a la «débil» naturaleza del espectador televisivo, al colapso de un «sujeto» privado de paradigmas referenciales.

«En este momento, cuando todavía sabemos poco de muerte y destrucción, están sólo nuestros códigos sensoriales y emotivos, nuestra estructuración del tiempo, nuestras expectativas».

Bastan estas rápidas y sumarias referencias para entender que este «largo» purgatorio de la guerra en TV no ha sido más que un pantano banal para la información y el medio electrónico. Sería demasiado simple reducir la explicación de este fenómeno a las fáciles claves de la psicología.

Lo que sí conviene, es retomar la relación entre tiempo de la guerra y tiempo de la TV. Es este reenvío el que revela cómo el tiempo de la guerra -suspendido hasta entonces en la transmisión televisiva, entre la serialidad igual a sí misma y episódicas laceraciones incapaces de hacer una «historia»- se sumerge en esta etapa en la pureza del tiempo televisivo: el tiempo de una enunciación limitada cuya verdad es transversal a cualquier enunciado para cuanto pueda seguirle contradictoriamente. Un tiempo absolutamente virtual que actúa como banda homogeneizante de la temporalidad más diversa: transmisión en directo, debates en estudio, boletines, grabaciones...

Es el tiempo-espacio de la CNN, planetario, veinticuatro horas sobre veinticuatro horas. Pero es también el tiempo que implica el flujo de la programación y que se explicita subordinándose a la duración codificada del género: cuando el film es interrumpido por la última noticia, cuando el telenoticiario se dilata y entra un boletín extraordinario en la programación...

Y tenemos a la vez el tiempo del espectador, contraparte de la enunciación, capaz de tematizar su lectura -al punto de seguir la actualidad sobre la guerra con el zapping de un canal a otro y hasta de sobreponerse a la tematización full-time de la CNN- como de hacerse vorazmente de conocimientos y de competencia analítica, y a la vez de agotar rápidamente el atractivo del «frame» Golfo.

Así, de la guerra del Golfo parece emerger esta contradicción de la TV y del discurso de los media en general: por un lado la comunicación es estructuralmente llevada a una «cobertura» total, saturando el tiempo y el espacio, aferrada al «evento»; por el otro, también estructural, se limita en la misma dimensión temporal a serializar la aleatoriedad del evento. Con estas oscilaciones debe evaluarse la historia y -como demuestra el Golfo- afrontar el riesgo de no terminar y caer al vacío.

Limitada a la repetición, la TV consume el acontecimiento. Tanto más cuanto éste no se muestra y evita en su temporalidad la de la historia televisiva.

Cuanto más clamoroso es el evento, más grande es el riesgo. Cuarenta días en TV para una guerra son demasiados. Al menos para una guerra que quiere ser recontada por la TV. De otro modo hubiera podido durar años, como la de Irán e Iraq. Pero sin la TV no tendría lugar.

En todo caso este paradójal cortocircuito entre evento e historia es todavía un camino a explorar,

especialmente a la luz de las características específicas que definen la cooperación del «espectador» con el texto televisivo, las que no son reducibles a la aproximación semiológica.

Umberto Eco ha especificado un cruce «pragmático» que puede ayudar a profundizar en el funcionamiento de la «televisión» y, aún más, en la actividad de un consumidor de hoy en adelante sostenido en una red compleja de prótesis tecnológicas (de la videocámara a la computadora, de la TV por suscripción a los bancos de datos). Distinguiendo entre «juegos de simulación» y «juegos de apariencia», Eco explica:

«Los juegos de simulación pueden interactuar con juegos de apariencia (donde cada uno se comporta representando al otro), pueden devenir momentos de catástrofe en los que cada uno asume una actitud, es arrastrado por la respuesta del otro y no está dispuesto a tirarse atrás: en vez de escuchar a los expertos como Goffman, Berne, Bateson (...) La lógica de un conflicto basado sobre la simulación, juegos de apariencia, excesos de información y catástrofes repentinas hace que hasta Saddam y Bush sean incapaces de saber cuál puede ser el resultado de su último movimiento».

Es en el aparente «vacío» de la televisión enfatizado en el «desierto de la información» que se revela esta dimensión operativa que atraviesa la superficie textual y la recontextualización, tomando literalmente cuerpo en la indecisión de un espectador divagante de un canal a otro. «Juegos de apariencia» entre Saddam y Bush, pero también entre el video y su contraparte doméstica: en eso que hemos llamado «el purgatorio de la teleguerra» donde reside el «punto de catástrofe» de la vieja televisión en la nueva galaxia integrada de los media.

4.5.3. La síntesis: el panopticon y la performatividad

Finalmente -como exige la dialéctica- llega la síntesis. La televisión sale del impase, de la esquizofrenia irreducible entre «espectador» y «usuario», de la serialidad de una cirugía invisible, en el momento en que la guerra vuelve a brindar la ocasión. La recomposición se presenta de dos formas: con el espectáculo de la aldea global y con la performatividad del asalto final.

Después de un mes de guerra la sala de la casa vuelve a ser el primero de la fila que en pocos minutos se ubica ante los puntos más calientes del tablero de la paz.

«Faltan diez minutos, y son las tres, para la respuesta norteamericana. Salón lleno, en el fondo alguien pasa por delante y por detrás de la luz de una puerta abierta. En el estudio, en Roma, la periodista mira a Gagliano en Nueva York en la pantalla grande. Gagliano mira la CNN en el monitor. La mirada va de continente a continente como un juego de espejos reflejos. Entra el protagonista...».

De vez en cuando los espectadores son introducidos en la sala del Kremlin, en los discursos de Saddam Hussein, en la sala del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en la Casa Blanca. Si, dentro de la Casa Blanca una telecámara sigue a través de los vidrios de una ventana cómo el Presidente Bush firma el texto de la respuesta a la propuesta de mediación que viene de Moscú: el ir y venir de los consejeros, Bush que toma el teléfono, escribe, relee... Falta el sonido, pero quizás esto incrementa aún más la tensión del acontecimiento. El ojo de la TV llega en directo del «situation room» y los espectadores vuelven a establecerse sobre el punto de convergencia de dos sistemas (información de la guerra y guerra de la información) y sigue el desarrollo de la estrategia política, el juego de toma y daca entre los beligerantes y las diversas partes.

La guerra combattuta continúa sin verse. Pero no es necesario. El Presidente Bush anuncia en directo que desde ese instante el ataque puede darse en cualquier momento -sólo un telefonema de cortesía da a Gorbachov una ventaja de pocos minutos sobre los espectadores- la línea frenética de la historia llega al clímax de la «Decisión final» y el tiempo del «acontecimiento» vuelve a predominar

Entonces no hay más tiempo para el juego de la interpretación: nadie ve la batalla final: no la ven los contendores separados por la brecha tecnológica, no la ven los espectadores, no la admiten como previsible. A lo que pueden acceder es sólo a la confirmación de un ritual performativo: las redes telemáticas, cargadas de datos han elaborado el programa, tanto para saber como para creer que «no sólo todo está funcionando según los planes, sino que la ofensiva está más adelantada que en el cronograma prefijado». Fallando en el primer acto del conflicto, el espectáculo es el del récord, en la simulación de un cronometraje triunfal y en el vertiginoso balance matemático de las pérdidas del adversario. Es este el fin del imaginario tradicional reconvertido en el horizonte de las «nuevas tecnologías».

¿La prueba ontológica? Podría ser, quizás, la tautología de los media. En todo caso se ha producido una certificación. Efectos residuales, deshechos, residuos: los prisioneros que vagan como cuerpos replicantes en el espacio igualmente virtual del desierto. Y la autoridad establecida del general Schwarzkopf que anuncia lapidario el tiempo de una ofensiva irresistible.

(Traducción: Max Tello)

NOTAS.

1. Grasso, A., Ceburata, senza immagini o frivola: nel Golfo e affogata anche la TV, Sette, supplemento al Corriere della Sera, 16.2.1991.
2. I riferimenti sono numerosissimi. Come sintesi parziali degli articoli usciti sulla carta stampata si possono ricordare: La guerra nel villaggio globale, Quaderni di documentazione, N° 305, 25 febbraio 1991, Direzione delle tribune, Rai-Radiotelevisione Italiana; e il catalogo a cura di Carlo dell'edizione 1991, di Antennacinema che contiene una ampia selezione de pezzi giornalistici (La guerra in diretta-Operazione «Tempesta nel Deserto»).
3. Baudrillard J., La guerre du Golfe n'a pas eu lieu, Galilée, Paris 1991.
4. McLuhan M. Gli strumenti del comunicare, Garzanti, Milano, 1977, p. 352-353.
5. Ibidem, p. 353.
6. La repubblica, 21.1.1991, una corrispondenza dal Comando centrale dell'operazione Desert Storm, siglata V.Z.
7. Barbati N., Chi ride e chi piange, Il Messaggero, 13.2.1991.
8. Intervista a Fabrizio Del Noce, Il Giornale, 21.1. 1991.
9. Colombo F., Televisione senza bandiere, La Stampa, 30.1.1991.
10. Virilio P., L'orizzonte negativo, costa & Nolan, Genova, 1986, p.97.
11. Intervista di G. Forti al Gen. Westmoreland, L'Espresso, 3.3.1991.
12. Foucault M., L'ordine del discorso, Einaudi, Torino, 1972,p.9.